



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

5. CIUDAD DE LAS ALMAS PERDIDAS

Jace es ahora un sirviente del mal, vinculado a Sebastian por toda la eternidad. Sólo un pequeño grupo de Cazadores de Sombras cree posible su salvación. Para lograrla, deben desafiar al Cónclave, y deben actuar sin Clary. Porque Clary está jugando a un juego muy peligroso por su propia cuenta y riesgo. Si pierde, el precio que deberá pagar no consiste tan solo en entregar su vida, sino también el alma de Jace.

Clary está dispuesta a hacer lo que sea por Jace, pero ¿puede seguir confiando en él? ¿O lo ha perdido para siempre? ¿Es el precio a pagar demasiado alto, incluso para el amor?

Para Nao, Tim, David y Ben.

CASSANDRA CLARE

*Ningún hombre elige el mal por ser el mal.
Sólo lo confunde con la felicidad, con el bien que busca.*

MARY WOLLSTONECRAFT

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, debo dar las gracias a mi familia: mi esposo, Josh; mis padres, y también a Jim Hill y a Kate Connor; Melanie, Jonathan y Helen Lewis; Florence y Joyce. Muchas gracias a los primeros lectores y críticos Holly Black, Sarah Ress Brennan, Delia Sherman, Gavin Grant, Kelly Link, Ellen Kushner y Sarah Smith. Debo dar un crédito especial a Holly, Sarah, Maureen Johnson, Robin Wasserman, Cristi Jacques y Paolo Bacigalupi, por ayudarme a descartar escenas. Maureen, Robin, Holly y Sarah, siempre estáis ahí para aguantar mis protestas, sois unas estrellas.

Gracias a Martange por ayudarme con el francés, y a mis fans indonesios por la declaración de Magnus a Alec. Wayne Miller, como siempre, me ayudó con las traducciones de latín, y Aspasia Diafa y Rachel Kary me echaron una mano con el griego clásico. Recibí una ayuda impagable de mi agente, Barry Goldblatt, mi editora, Karen Wojtyla, y de su cómplice, Emily Fabre. Gracias a Cliff Nielson y a Russell Gordon, por la bonita portada, y al equipo de Simon and Schuster y Walker Books por realizar el resto de la magia.

Ciudad de las almas perdidas fue escrita con el programa Scrivener, en la ciudad francesa de Goult.

PRÓLOGO

Simon miraba aturdido la puerta de su casa.

Nunca había conocido otro hogar. Ahí lo habían llevado sus padres después de nacer. Había crecido entre las paredes de esa casa adosada de Brooklyn. Había jugado en la calle bajo la sombra de los árboles en verano, y había improvisado trineos con las tapas de los cubos de basura en invierno. En esa casa se había sentado su familia durante el *shivah*, la primera semana de luto, después de la muerte de su padre. Ahí había besado a Clary por primera vez.

Nunca se habría imaginado que un día esa puerta estaría cerrada para él. La última vez que había visto a su madre, ésta lo había llamado monstruo y le había rogado que se marchara. Él le había hecho olvidar que era un vampiro por medio de un glamour, pero no había sabido cuánto duraría ese glamour. Bajo el frío aire otoñal, mirando al frente, supo que no había durado lo suficiente.

La puerta estaba cubierta de símbolos: estrellas de David dibujadas con pintura, un grabado con el símbolo de la vida hebreo, el *Chai*. Había tiras de pergamino con pasajes de la Biblia atados al picaporte y la aldaba. Una *hamsa*, la Mano de Dios, cubría la mirilla.

Como ausente, puso la mano sobre la *mezuzah* de metal pegada al lado derecho del marco. Vio alzarse humo del lugar donde su mano había tocado el objeto sagrado, pero no sintió nada, ningún dolor. Sólo un terrible vacío, que lentamente se convirtió en furia.

Dio una patada a la puerta y oyó el eco en la casa.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá, soy yo!

No hubo respuesta, sólo el ruido de los cerrojos al cerrarse. Su aguzado oído había reconocido los pasos de su madre, su respiración, pero ella no dijo nada. Simon podía oler el acre miedo y el pánico incluso a través de la madera.

—¡Mamá! —Se le quebró la voz—. ¡Mamá, esto es ridículo! ¡Déjame entrar! ¡Soy yo, Simon!

La puerta se sacudió, como si ella también le hubiera dado una patada.

—¡Márchate! —Su voz sonaba áspera, irreconocible por el terror—. ¡Asesino!

—No mato a gente. —Simon apoyó la cabeza en la puerta. Sabía que seguramente podría echarla abajo, pero ¿de qué serviría?—. Ya te lo dije. Bebo sangre de animales.

—Tú mataste a mi hijo —replicó ella—. Tú lo mataste y pusiste a un monstruo en su lugar.

—Yo soy tu hijo...

—Llevas su rostro y hablas con su voz, pero ¡no eres él! ¡No eres Simon! —Alzó la voz hasta casi gritar—. ¡Aléjate de mi casa antes de que te mate, monstruo!

—Becky —repuso él. Tenía el rostro húmedo; se lo tocó con las manos y al apartarlas estaban manchadas: sus lágrimas eran de sangre—. ¿Qué le has dicho a Becky?

—¡No te acerques a tu hermana!

Simon oyó un repiqueteo dentro de la casa, como si algo se hubiera caído.

—Mamá —repitió, pero ahora no le salía la voz. Sólo logró un susurro ronco. La mano le comenzó a palpar—. Tengo que saberlo; ¿está Becky ahí? Mamá, abre la puerta. Por favor...

—¡No te acerques a Becky! —Se estaba alejando de la puerta; Simon podía oírlo. Luego le llegó el inconfundible chirrido de la puerta de la cocina al abrirse y el crujido del linóleo con sus pasos. El sonido de un cajón que se abría.

De repente, se imaginó a su madre cogiendo uno de los cuchillos.

«Antes de que te mate, monstruo».

Ésa idea lo hizo tambalearse. Si ella le atacaba, la Marca actuaría. La destruiría como había hecho con Lilith.

Dejó caer la mano y se apartó lentamente, bajando a tumbos los escalones. Cruzó la acera hasta ir a parar a uno de los grandes árboles que daban sombra a las casas. Se quedó allí, mirando la fachada de su casa, marcada y desfigurada por los símbolos del odio de su madre hacia él.

No, se recordó. Su madre no le odiaba. Le creía muerto. Su odio era hacia algo que no existía.

«No soy lo que ella dice que soy».

No supo cuánto rato se habría quedado allí mirando si no le hubiera comenzado a sonar el teléfono, haciendo vibrar el bolsillo de su chaqueta.

Instintivamente, lo cogió, mientras se fijaba en que tenía quemado en la mano el dibujo de la *mezuzah* de la puerta: estrellas de David entrelazadas. Cambió de mano y se llevó el móvil a la oreja.

—¿Sí?

—¿Simon? —Era Clary. Parecía estar sin aliento—. ¿Dónde estás?

—En casa —contestó, y calló un instante—. En la casa de mi madre —corrigió. Su voz le sonó vacía y distante—. ¿Por qué no has regresado al Instituto? ¿Están todos bien?

—De eso se trata —respondió ella—. Justo después de que te marcharas, Maryse bajó del tejado donde se suponía que Jace estaría esperando. No había nadie.

Simon se movió. Sin ser totalmente consciente de que lo estaba haciendo, comenzó a caminar por la calle como un autómatas hacia la estación del metro.

—¿Qué quieres decir con que no había nadie?

—Jace se había ido —explicó Clary, y él notó la tensión en su voz—. Y también Sebastian.

Simon se detuvo bajo la sombra de un árbol desnudo.

—Pero Sebastian estaba muerto. Está muerto, Clary...

—Entonces dime por qué su cuerpo no está allí, porque no lo está —dijo ella, y la voz se le acabó de romper—. Lo único que había allí arriba era un montón de sangre y de vidrios rotos. Ambos se han ido, Simon. Jace se ha ido...

PRIMERA PARTE

MÁS ÁNGEL MALO

*El amor es un espíritu familiar, el amor es un demonio;
no hay más ángel malo que el amor.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Trabajos de amor perdidos*.

DOS SEMANAS DESPUÉS

1

EL ÚLTIMO CONSEJO

—¿Cuánto crees que tardará el veredicto? —preguntó Clary.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban esperando, pero le parecían horas. No había relojes en el dormitorio negro y rosa intenso de Isabelle, sólo montones de ropa; columnas de libros; pilas de armas, y una cómoda rebosante de maquillaje brillante, pinceles usados y cajones abiertos donde se derramaban braguitas de encaje, medias finas y boas de plumas. Tenía cierto aire a la estética de los bastidores de *La jaula de las locas*, pero durante las dos últimas semanas, Clary había pasado el tiempo suficiente entre aquella reluciente confusión para comenzar a encontrarla reconfortante.

Isabelle, junto a la ventana con *Iglesia* en brazos, acariciaba distraída la cabeza del gato. *Iglesia* la miraba con torvos ojos amarillos. Al otro lado de la ventana, una tormenta de noviembre estaba en pleno apogeo, y la lluvia resbalaba por el vidrio como si fuera barniz.

—No mucho más —contestó Isabelle lentamente. No llevaba maquillaje, lo que la hacía parecer más joven, y sus oscuros ojos más grandes.

Clary, sentada en la cama de Izzy entre un montón de revistas y una repiqueteante pila de cuchillos serafines, tra-

gó saliva con fuerza para sacarse el sabor amargo que le subía por la garganta.

«Vuelvo en seguida. Cinco minutos».

Eso había sido lo último que le había dicho al chico que amaba más que nada en el mundo. En ese momento pensaba que tal vez fuera lo último que hablaran.

Clary recordaba perfectamente ese momento. El jardín del tejado. La cristalina noche de octubre, con las estrellas ardiendo de un blanco helado en un despejado cielo negro. Las piedras del pavimento marcadas con runas negras, salpicadas de icor y sangre. La boca de Jace sobre la suya, lo único cálido en un mundo tembloroso de frío. Colgarse el anillo Morgenstern del cuello. «El amor que mueve el sol y todas las otras estrellas». Volverse para buscarlo con la mirada mientras el ascensor se la llevaba, arrastrándola de nuevo hacia las sombras del edificio. Se había reunido con los otros en el vestíbulo; había abrazado a su madre, a Luke y a Simon, pero parte de ella, como siempre, se había quedado con Jace, flotando sobre la ciudad en aquel tejado, los dos solos en la fría y brillante ciudad eléctrica.

Maryse y Kadir fueron los que entraron en el ascensor para reunirse con Jace en el tejado y ver los restos del ritual de Lilith. Pasaron otros diez minutos antes de que Maryse regresara, sola. Cuando las puertas se abrieron y Clary vio su rostro, blanco, serio y agitado, lo supo.

Lo que había pasado después había sido como un sueño. El grupo de cazadores de sombras del vestíbulo había ido hacia Maryse; Alec se había separado de Magnus, e Isabelle se había puesto en pie de un salto. Ráfagas de luz blanca cortaron la oscuridad como los resplandores de los flashes de las cámaras en una escena del crimen, cuando, uno tras otro, los cuchillos serafines fueron iluminando las sombras. Clary se abrió paso y oyó la historia a trozos: el jardín del tejado estaba vacío; Jace había desaparecido. El ataúd de cristal que había contenido a Sebastian estaba destrozado; había trozos de vidrio por todas partes. San-

gre, aún fresca, goteaba del pedestal donde había estado colocado el ataúd.

Al instante, los cazadores de sombras comenzaron a hacer planes, a dispersarse en círculo y registrar el área alrededor del edificio. Magnus estaba allí, con chispas azules en las manos; le preguntó a Clary si tenía algo de Jace con que poder rastrearlo. Como atontada, ella le dio el anillo Morgenstern y se retiró a un rincón para llamar a Simon. Acababa de colgar el teléfono cuando la voz de uno de los cazadores de sombras se oyó sobre las otras.

—¿Rastrearlo? Eso sólo funcionará si aún sigue vivo. Con toda esa sangre no es muy probable...

De alguna manera, eso fue la gota que colmó el vaso. La prolongada hipotermia, el agotamiento y el shock le pasaron factura, y se le doblaron las rodillas. Su madre la cogió antes de que llegara al suelo. Después de eso, todo fue una oscura confusión. Se despertó a la mañana siguiente en su cama en casa de Luke; se incorporó de golpe con el corazón disparado, convencida de que había tenido una pesadilla.

Mientras salía de la cama, los pálidos morados en las piernas y los brazos le contaron una historia diferente, al igual que la falta de su anillo. Se puso unos vaqueros y una sudadera, y se tambaleó hasta el salón donde encontró a Jocelyn, a Luke y a Simon sentados con sombrías expresiones en el rostro. No le hacía falta preguntar, pero de todas formas lo hizo.

—¿Lo han encontrado? ¿Ha vuelto?

Jocelyn se puso en pie.

—Cariño, sigue desaparecido...

—Pero ¿no está muerto? ¿Aún no han encontrado el cuerpo? —Se desplomó en el sofá junto a Simon—. No, no está muero. Yo lo sabría.

Recordaba a Simon cogiéndola de la mano mientras Luke le explicaba lo que sabían: que Jace seguía desaparecido, y también Sebastian. La mala noticia era que la sangre

del pedestal la habían identificado como la de Jace. La buena noticia era que la cantidad era menor de la que habían creído; se había mezclado con el agua del ataúd y por eso habían tenido la impresión de que era más de lo que era en realidad. Por el momento pensaban que era muy posible que hubiera sobrevivido a lo que fuera que hubiese ocurrido.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Clary.

Luke meneó la cabeza, mirándola con sus azules ojos sombríos.

—Nadie lo sabe, Clary.

Ella sintió como si la sangre se le hubiera transformado en agua helada en las venas.

—Quiero ayudar. Quiero hacer algo. No puedo quedarme aquí sentada mientras Jace está desaparecido.

—Yo no me preocuparía por eso —repuso Jocelyn muy seria—. La Clave quiere verte.

Un hilo invisible se le quebró a Clary en las articulaciones y los tendones mientras se ponía en pie.

—Muy bien. Lo que sea. Les diré cualquier cosa que quieran saber si encuentran a Jace.

—Les dirás lo que quieran saber porque tienen la Espada Mortal. —La voz de Jocelyn sonó desesperada—. Oh, cariño, lo lamento tanto...

Y en ese momento, dos semanas después de repetidos testimonios, después de que llamaran a docenas de testigos, después de que ella hubiera sujetado la Espada Mortal docenas de veces, Clary estaba sentada en el dormitorio de Isabelle y esperaba la decisión del Consejo sobre su futuro.

No podía evitar recordar cómo se había sentido sujetando la Espada Mortal. Era como si tuviera pequeños anzuelos clavados en la piel que le arrancaban la verdad. Se había arrodillado, sujetándola, en medio del círculo de las Estrellas Parlantes, y había oído su voz explicándose todo al Consejo: cómo Valentine había alzado al ángel Raziel, y cómo

mo ella le había arrebatado el poder de controlar al Ángel al borrar su nombre de la arena y escribir el suyo encima. Les había dicho cómo el Ángel le había ofrecido un deseo, y que lo había empleado para levantar a Jace de entre los muertos; les explicó que Lilith había poseído a Jace, y que además había planeado emplear la sangre de Simon para resucitar a Sebastian, el hermano de Clary, a quien Lilith consideraba su hijo. Les contó cómo la Marca de Caín de Simon había acabado con Lilith, y que habían pensado que la vida de Sebastian también había terminado, y ya no era una amenaza.

Clary suspiró y abrió la tapa de su móvil para mirar la hora.

—Ya llevan una hora —dijo—. ¿Es normal? ¿Es una mala señal?

Isabelle dejó caer a *Iglesia*, que soltó un fuerte maullido. Fue a la cama y se sentó junto a Clary. Isabelle parecía más delgada que de costumbre (al igual que Clary, durante las dos últimas semanas había perdido peso), pero seguía tan elegante como siempre, con pantalones de pitillo negros y un ajustado top de terciopelo gris. El rímel se le había corrido alrededor de los ojos, lo que debería hacerla parecer un mapache, pero, en vez de eso, le daba el aspecto de una estrella de cine francesa. Abrió los brazos, y sus brazaletes de *electrum* con sus talismanes de runas tintinearon armónicamente.

—No, no es una mala señal —contestó—. Sólo significa que tienen mucho de qué hablar. —Se giró el anillo Lighwood que llevaba en el dedo—. No te pasará nada. No violaste la Ley. Eso es lo importante.

Clary suspiró. Incluso el calor del hombro de Isabelle junto al suyo era incapaz de derretir el hielo de sus venas. Sabía que, técnicamente, no había quebrantado ninguna Ley, pero también sabía que la Clave estaba furiosa con ella. Era ilegal que un cazador de sombras alzara a los muertos, pero no que lo hiciera el Ángel; de todas formas,